

Metro

Francisco Sanguino y Rafael González

Para Fina, Danielle, Carlos

PERSONAJES

HOMBRE: 35, bien vestido, con portafolios en una mano, diario en la otra.

MUJER

Huida de un metro en la oscuridad.

En la estación, una MUJER observa la espalda del último vagón. Está sentada bajo el anuncio de una película. Echa un vistazo a cuanto le rodea, fija la mirada en la boca del andén.

Un HOMBRE llega apresurado, se detiene justo antes de caer al foso de las vías. Se da cuenta de que, si no se hubiera enganchado en la maldita barra, ahora estaría de viaje. Mira hacia un lado y otro del túnel sosteniendo la rabia entre los dedos. Ya no hay remedio: el mayor de los fracasos se incuba en un minuto.

La MUJER, al percatarse de la llegada del HOMBRE, se coloca unas gafas oscuras y cruza las piernas dejando a la vista hasta más allá de sus rodillas.

El HOMBRE siente que hay alguien a su espalda, gira la cabeza para asegurarse y ve a una MUJER, pero ella no lo mira a él, sino al otro lado del andén (ella ha girado furtiva y rápida la cabeza al suponer que él habría de mirarla). La observa unos instantes extrañado: esa mujer sigue ahí sentada a pesar de que el metro no está ya en la estación, acaba de marcharse. El HOMBRE vuelve a lo suyo, a su derecha, a su izquierda por donde la máquina debe llegar de nuevo. «Fíjate la hora que es», piensa; y golpea la esfera del reloj con el índice. Opta por sentarse. Al lado de la MUJER hay sitio para dos más, pero él lo hace, como es lógico, en el extremo: no le interesan sus piernas, tan blancas.

HOMBRE.- Hola.

MUJER.- Hola.

(Él lo ha dicho cansado, mirando levemente; ella, como si estuviera empleada en la administración. El HOMBRE abre el diario y ojea alguna noticia de internacional que no cuenta nada nuevo ni bueno. La MUJER echa un vistazo gratis a la contraportada, pero el relato de la vida de un tipo que suda oro no le entusiasma demasiado, y aparta la vista, mira el reloj digital de la pared pagado por un chocolate belga.

El metro no llega.

Él vuelve a desesperarse, se pone en pie. Vuelve a observar un lado de la vía, el otro; esta vez su retina se esfuerza un poco más en la oscuridad del túnel. Mira su reloj y, como último acto del ritual, habla:)

HOMBRE.- Está tardando más de la cuenta, ¿verdad?

(La MUJER lo mira intentando disimular la idea que ya se ha formado de él: es el tío más idiota del planeta. Él es incapaz de advertir ese pensamiento, pero se incomoda y repite:)

Sí, está tardando más de la cuenta.

(Ella lo mira detenidamente con una ligera sonrisa, no se sabe si de complacencia o de ironía.)

MUJER.- ¿Quiere un chicle?

HOMBRE.- No, gracias. ¿Llev...?

MUJER.- ¿Qué hora es?

HOMBRE.- (Mira su reloj.) Las... nueve y cinco. ¿Llevaba mucho tiempo esperando?

MUJER.- ¿Cómo?

HOMBRE.- Que si esperaba hace mucho.

MUJER.- No.

HOMBRE.- Ah, también acaba de llegar.

MUJER.- Pues no.

HOMBRE.- No, no, claro; cuando yo llegué, usted ya estaba aquí.

MUJER.- Oiga...

HOMBRE.- ¿Sí?

MUJER.- Usted se refiere al metro.

HOMBRE.- Claro.

MUJER.- ¿Y no tiene miedo de que se le moje?

HOMBRE.- ¿Cómo dice?

MUJER.- El traje, ¿no tiene miedo de que se le moje? Parece un traje muy caro.

(El HOMBRE mira hacia el techo por si hay goteras.)

HOMBRE.- Perdone, no sé si me habrá entendido. Le preguntaba...

MUJER.- Le he entendido perfectamente. No espero el metro.

HOMBRE.- **(Abre mucho la boca.)** Ah. Ya. Disculpe, pensé que...

MUJER.- No se disculpe, no es la primera vez.

(Ella da por zanjado el asunto con una sonrisa que desaparece de su boca cuando gira la cabeza hacia el otro lado. El HOMBRE no ha comprendido muy bien la última frase de ella, pero también ha sonreído, correspondiendo, y ahora se abanica con el periódico mientras hace uso de su portafolios para golpearse la rodilla. La MUJER le mira molesta por el ruidito y él, cuando se percata de que aquellos ojos inquisidores le buscan la yugular, deja el golpeteo y vuelve a sonreír. La MUJER sigue mirando, el HOMBRE aparta la mirada y la dirige al techo de la estación, los túneles, las vías. Las gotas de sudor le resbalan por pecho y espalda; él las siente reptar, vigila su

trayectoria hasta que el asco de sí mismo le devuelve a la estación. «¡Mierda de metro!», piensa, pero qué puede hacer. Por lo pronto, volver a abrir el periódico por la página en que lo dejó, cuando ella dice:)

MUJER.- ¿Me deja el periódico, por favor?

HOMBRE.- Sí, sí, claro. Tenga.

MUJER.- Gracias.

HOMBRE.- De nada. Ya ve, está un poco mojado. Es que me sudan las manos de manera exagerada. Debe de ser alguna enfermedad. (Se limpia con un *kleenex* sacado del portafolios.)

MUJER.- No; ansiedad. O el calor, claro.

HOMBRE.- Sí, desde luego, calor sí que hace.

MUJER.- Desde luego. Lo cual es engañoso.

HOMBRE.- ¿Qué es engañoso?

MUJER.- Pues que haga calor.

HOMBRE.- ¿Es engañoso que haga calor en pleno mes de agosto? ¿No lo dirá usted en serio?

MUJER.- (Se quita las gafas de sol y lo mira fijamente.) Yo siempre hablo en serio de estas cosas.

(Ella ha ido pasando las hojas mientras hablaba, distendida, sin atender a lo que había escrito en ellas, pero al decir «Yo siempre hablo en serio de estas cosas» su mirada ha vuelto a ser dura. Pasa otra hoja, y esta vez lee.)

¡No!

HOMBRE.- ¿Le pasa algo?

MUJER.- ¡NO!

HOMBRE.- Señora...

MUJER.- ¡Ponen un documental sobre culebras!

HOMBRE.- ¿Dónde? (Intentando un chiste.) ¿En el periódico?

MUJER.- (Lo mira como se mira a un idiota.) En televisión. A las diez y media.

HOMBRE.- ¿A las diez y media? (Mira su reloj.) No se preocupe, aún falta más de una hora. Aunque (Mirando hacia ambos túneles.) al paso que vamos... ¿Le gustan las culebras? (Una pregunta que más bien es una afirmación.)

MUJER.- Me encantan, he leído tantas cosas sobre ellas que... (Ante la indiferencia de él.) ¿A usted no le gustan?

HOMBRE.- ¿A mí? Me parecen repugnantes. Sobre todo esas que son tan grandes... (Como buscándose en la memoria.) La pitón y esa otra... ¿cómo...?

MUJER.- La boa.

HOMBRE.- Eso, la boa. ¡Es enorme!

MUJER.- (Mirando al infinito.) Llega a medir seis metros.

HOMBRE.- ¡Seis metros! ¡Qué asco!

MUJER.- (Al mismo sitio.) Qué hermosas.

HOMBRE.- Oiga, entonces a ust...

MUJER.- En Puerto Rico hay una isla que se llama así.

HOMBRE.- ¿Boa?

(La MUJER le echa otra de esas miradas tuyas que lo dicen todo. Nuevamente se refugia de la estupidez del mundo entre las páginas malolientes del periódico. Él, sin embargo, se queda mirándola y absorbe su labio inferior. Piensa: «Debe de creer que soy gilipollas, así que voy a retomar».)

¿En Puerto Rico hay una isla que se llama Boa? ¿En serio?

MUJER.- Culebra.

HOMBRE.- Culebra.

MUJER.- En Puerto Rico hay una isla que se llama Culebra. Y en Panamá un río.

HOMBRE.- ¿De verdad?

MUJER.- Como lo oye.

HOMBRE.- ¿Y a quién se le habrá ocurrido poner un nombre así a un río? ¡Estos sudamericanos...! (**Con desprecio.**) Culebra... Nada más pensarlo se me pone la piel de gallina. Culebra... Son repugnantes.

MUJER.- No son repugnantes. A usted le parecen repugnantes; sin embargo, a mí me encantan. ¡Cómo me gustaría ver ese programa!

HOMBRE.- Lo verá, mujer, no se preocupe. No creo que tarde mucho más.

MUJER.- No es por el metro, es que no puedo.

HOMBRE.- Tiene usted trabajo.

MUJER.- No es por eso.

HOMBRE.- Ah, ya, ya sé qué quiere decir, perdone mi indiscre...

MUJER.- ¿Ah, sí? ¿Qué es lo que quiero decir?

HOMBRE.- Bueno, pues...

MUJER.- Piensa que no tengo dinero para comprarme un televisor, ¿no? Piensa eso.

HOMBRE.- No, yo... Vamos...

MUJER.- Entonces, ¿por qué se disculpa?

HOMBRE.- Creo que me he metido donde no me llaman.

MUJER.- No, no se ha metido, así que no tengo que disculparle.

HOMBRE.- Estupendo, dejémoslo así.

MUJER.- Cree usted que soy pobre, ¿verdad?

HOMBRE.- No, no lo creo.

MUJER.- No mienta; sí lo cree.

HOMBRE.- No, le aseguro que...

MUJER.- ¿Qué pasa? Quiere saber cuánto dinero gano; es eso, ¿no?

HOMBRE.- (**Asombrado.**) ¿Cómo? No, no quiero saberlo, ¿por qué dice eso? No es asunto mío, por favor.

MUJER.- De acuerdo, dejémoslo. ¿Cuánto dinero gana usted?

HOMBRE.- Oiga, señora...

MUJER.- Es sólo por curiosidad.

HOMBRE.- No creo que le interese.

MUJER.- Claro.

HOMBRE.- Seguiremos esperando.

MUJER.- Seguro que gana mucho dinero.

HOMBRE.- Oiga, ¿por qué no se preocupa más de esperar el metro que de saber cuánto dinero gana?

MUJER.- Es que yo no espero el metro. Ya le he dicho que no lo espero. Me metí aquí huyendo de la lluvia.

HOMBRE.- ¿De la lluvia? Pero si no llueve...

MUJER.- Va a llover.

HOMBRE.- (Está convencido de que no.) Seguro.

MUJER.- Va a llover.

HOMBRE.- Creo que se equivoca.

MUJER.- Soy meteoróloga.

HOMBRE.- Ah. (Piensa: «He hecho el ridículo».) Así que va a llover.

MUJER.- ¿Es que no ha visto esas nubes?

HOMBRE.- Sí, pero no parecían de lluvia.

MUJER.- Realmente son las únicas que pueden hacer llover. Eso lo saben hasta los niños.

HOMBRE.- Pues lloverá, lloverá si usted lo dice. (Él ha dado por concluido el asalto. Ha ganado ella a los puntos. Claro que...) Así que meteoróloga.

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- ¿Y trabaja en alguna estación?

MUJER.- No, en la radio.

HOMBRE.- ¿En la radio? ¿En qué emisora?

MUJER.- Radio Ebro.

HOMBRE.- ¿Radio Ebro? Que yo sepa, por aquí no pasa el Ebro.

MUJER.- En Logroño.

HOMBRE.- Ah, es usted de Logroño.

MUJER.- De Vigo. Fui a Logroño siendo niña. Mi padre tuvo un hundimiento.

HOMBRE.- ¿Un qué?

MUJER.- Se hundió el barco en el que navegaba.

HOMBRE.- Lo siento.

MUJER.- Yo no.

HOMBRE.- ¿No siente que su padre haya muerto?

MUJER.- Dudo que mi padre haya muerto.

HOMBRE.- Pero el barco...

MUJER.- Ya. El barco se hundió, desapareció la tripulación, pero yo no creo que mi padre se ahogara.

HOMBRE.- Fue cerca de la costa.

MUJER.- Fue en un temporal en medio del Atlántico.

HOMBRE.- (No lo tiene nada claro, pero casi prefiere olvidarse del tema.) Ya.

MUJER.- Así que nos fuimos con los padres de mi madre. Yo tenía once años. Mi hermano mayor se casó hace unos meses y vive aquí.

HOMBRE.- (Asiente. Cambia de tema.) ¿Y le gusta esto?

MUJER.- Dice que es demasiado grande.

HOMBRE.- Me refiero a usted.

MUJER.- ¿A mí?

HOMBRE.- Sí.

MUJER.- Bueno...

HOMBRE.- Hombre, es una ciudad grande, pero bastante tranquila.

MUJER.- Sí, lo es.

HOMBRE.- Claro que Logroño...

MUJER.- También lo es, sí.

(La MUJER saca su cajetilla de Gauloises Caporal y enciende uno, pero no ofrece. El HOMBRE vuelve a mirar hacia los dos túneles, mete las manos en los bolsillos e investiga a fondo, pero no encuentra el tabaco. Un tanto incómodo, se decide a pedir uno a la MUJER; con sutileza, claro.)

HOMBRE.- Vaya, creo que he perdido mi tabaco.

MUJER.- (Sin percibir la indirecta.) Aunque a veces en ningún sitio se está bien.

HOMBRE.- Eso es cierto. (Mira el resoplido leve de la MUJER y desea imitar esa acción purificadora.)

MUJER.- Y se está a desgana en todas partes.

HOMBRE.- Y que lo diga.

MUJER.- Y te entran unas ganas locas de escapar, huir, buscar una isleta en el Caribe y olvidar. ¿No le parece?

HOMBRE.- Sí, claro. (Pausa.) Oiga, me da la impresión de que he perdido mi tabaco. ¿Hace el favor de darme un cigarro? Es por no salir a comprar, no vaya a ser que venga el metro.

MUJER.- Claro... Es negro.

HOMBRE.- Bien.

MUJER.- Es francés. (Señalando con el dedo el rótulo de la cajetilla.) Gauloises Caporal.

HOMBRE.- Vaya, no lo he fumado nunca. Lo probaré.

MUJER.- Es el que fumaba Cortázar.

(Él se pone delante el cigarrillo y le echa la primera calada. Parece que no le ha impresionado mucho eso de que ese tabaco pasara por los bolsillos y los dedos de Oliveira.)

Cortázar, el escritor.

HOMBRE.- Ah.

MUJER.- ¿No conoce a Cortázar?

HOMBRE.- Me suena. Pero no sabía que fuera escritor.

MUJER.- (Un tanto ofendida.) ¿Y qué pensaba que era?

HOMBRE.- (Intentando que su ignorancia parezca tan sólo originalidad.) No sé. La verdad es que nunca me ha interesado la gente famosa.

MUJER.- Ya. Eso lo explica todo.

(Ella lo mira con alguna repugnancia: siente que ha perdido el partido, pero no el campeonato. Se hace un silencio.)

HOMBRE.- Así que esto es lo que fumaba Cortázar.

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- ¿Y dónde lo compró?

MUJER.- No lo compré. Me lo trajo un amigo, un compañero de la emisora que ha estado en Francia. Dice que aquello es precioso. (Se va difuminando su contrariedad y su molestia.) Trajo una foto de su tumba. La llevo siempre conmigo.

HOMBRE.- ¿De quién?

MUJER.- De Cortázar.

HOMBRE.- Como lo dijo así... ¿Hizo una foto de su tumba?

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- ¿Dónde está enterrado?

MUJER.- Claro, ya se lo he dicho.

HOMBRE.- ¿Y la lleva usted?

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- ¿Aquí? ¿En su bolso?

MUJER.- No querrá que la lleve en una *roulotte*. Lo dice como si llevara el cadáver de Cortázar. Se la enseñaré.

HOMBRE.- No, no. No se moleste, es igual.

MUJER.- No, quiero que la vea, es una bonita foto del...

HOMBRE.- Es igual, es igual.

MUJER.- Oiga, ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué no quiere ver la foto?

HOMBRE.- No, no es que no quiera verla... ¿Es una foto de un cementerio?

MUJER.- Eurodisney todavía no existía, así que no pudieron enterrarlo allí.

HOMBRE.- Verá, es que no me gustan los cementerios, ni las tumbas ni nada de eso.

MUJER.- Pero es un cementerio muy bonito. Más que un cementerio, parece un jardín de infancia.

HOMBRE.- De todas formas, déjelo.

MUJER.- De eso nada, insisto en que la vea. (**Saca la foto del bolso, él pone la mano delante.**) No sea niño, cójala.

(Él la coge, le echa un vistazo de una décima de segundo y se la devuelve.)

HOMBRE.- Muy bonita.

MUJER.- Ya. ¿Ha visto la torre Montparnasse al fondo?

HOMBRE.- Perfectamente.

MUJER.- Le enseñaré otra.

HOMBRE.- ¿Otro entierro?

MUJER.- No.

HOMBRE.- Un momento...

(Él ha escuchado un ruido y se ha puesto de pie. Puede que lo haya hecho para no tener que ver más fotos de cadáveres enterrados en París.)

MUJER.- ¿Qué?

HOMBRE.- El metro.

MUJER.- No es el metro.

HOMBRE.- Sí que lo es, lo he oído.

MUJER.- Que no, que no es.

HOMBRE.- ¿Por qué está tan segura?

MUJER.- Porque no puede ser.

HOMBRE.- ¿Ah, no? ¿Y por qué?

MUJER.- Antes llegan los murciélagos.

HOMBRE.- (Se queda un rato con la boca abierta, estudiando la situación. De repente, el tono de su mirada cambia. Ahora observa a la MUJER manifiestamente irritado.) Oiga, usted me está tomando el pelo ya.

MUJER.- Que no, hombre. ¿Es que no lo sabe?

HOMBRE.- No.

MUJER.- ¿De verdad que no lo sabe? ¿Coge el metro todos los días y no lo sabe?

HOMBRE.- Y si no me lo dice de una vez, no creo que llegue a saberlo nunca.

MUJER.- Que llegan antes.

HOMBRE.- ¿Antes de qué?

MUJER.- Del metro. Cuando lo oyen llegar, salen pitando. ¿Qué haría usted si una culebra de quince toneladas le estuviera pisando los talones en un túnel?

HOMBRE.- Pues, hombre...

MUJER.- Vamos, ¿qué haría?

HOMBRE.- ¿Correr?

MUJER.- ¿Sabe usted volar?

HOMBRE.- No.

MUJER.- Pues eso hacen los murciélagos. Así que no se moleste en leer el indicador: cuando vea venir una bandada de murciélagos, sabrá que ya llega el metro.

HOMBRE.- Estaré atento. (Se acerca a las vías, se asoma.)

MUJER.- Algunos no lo consiguen.

HOMBRE.- ¿Perdón...?

MUJER.- Los que pierden la orientación se estrellan contra las paredes, mueren electrocutados y finalmente son aplastados en las vías.

HOMBRE.- (Que ha vuelto rápidamente a sentarse e intenta cambiar de tema aludiendo al tabaco.) Es fuerte.

MUJER.- ¿Usted cree? A mí me parece tabaco para niños.

HOMBRE.- Pues vaya.

MUJER.- Oiga, ¿sabe una cosa?

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- No se ha dado cuenta...

(Él mira a su alrededor un tanto alarmado por si se le viene encima una bandada de murciélagos o algo así. Luego se gira rápidamente hacia ella temiendo que le muestre la foto de un bebé desmembrado y mordido por ratas de rabo largo y duro.)

HOMBRE.- ¿De qué?

MUJER.- Todavía no me ha dicho su nombre.

HOMBRE.- (Resopla relajado.) No, es verdad. Pero tampoco usted me ha dicho el suyo: empate.

MUJER.- ¿Por qué no me lo dice?

HOMBRE.- Claro que se lo digo. Me llamo Marcelino.

MUJER.- Como *Pan* y...

HOMBRE.- (Es la vez un billón que escucha esa gracia.) Justo. Ahora le toca a usted. ¿Cómo se llama?

MUJER.- Oh, no, no.

HOMBRE.- No, no, ¿qué?

MUJER.- Que no, que no se lo digo.

HOMBRE.- ¿Por qué?

MUJER.- Porque es muy feo.

HOMBRE.- Peor que Marcelino no creo que sea.

MUJER.- Bastante peor.

HOMBRE.- A ver.

MUJER.- Ya le he dicho que no.

HOMBRE.- Venga, mujer...

MUJER.- (Muy, muy irritada, fuera de sí y de sus cabales.)
¡¡Que no!! (En un rumor que él pueda percibir.) Coño, está sordo...

HOMBRE.- Bueno, no se ponga así. (Por destensar.) Usted se lo pierde; le iba a contar un secreto.

MUJER.- (Más bajo.) Métaselo en el culo.

HOMBRE.- ¿Cómo?

MUJER.- Que se lo digo si me promete no echarse a reír ni hacer bromitas fáciles.

HOMBRE.- Trato hecho.

MUJER.- ¿No se reirá?

HOMBRE.- Ya le he dicho que no.

MUJER.- Ya, pero...

HOMBRE.- Si quiere, se lo puedo prometer.

MUJER.- No, no le creo.

HOMBRE.- Se lo prometo y se lo juro por mis padres.

MUJER.- Me lo promete y me lo jura por sus padres y por sus muertos y por lo que más quiera en este mundo.

HOMBRE.- Está bien.

MUJER.- Venga.

HOMBRE.- Venga, ¿qué?

MUJER.- Hágalo.

HOMBRE.- (A desgana.) Prometo, juro por mis padres, por mis muertos, (Irónico.) incluso por mi colección de cromos del Barça...

MUJER.- ¿Eso es lo que más quiere en este mundo?

HOMBRE.- Oiga, que son de cuando jugaba Kubala...

MUJER. - Está bien, siga.

HOMBRE.- ...juro que no me voy a reír de su nombre. Ya está. Ahora dígamelo.

MUJER.- (Rápidamente, emitiendo algo parecido a...)...stina.

HOMBRE.- ¿Cómo?

MUJER.- Ya se lo he dicho.

HOMBRE.- No la he entendido.

MUJER.- Pues se jode.

HOMBRE.- ¡Oiga...!

MUJER.- ¡Agustina!

(Él piensa el nombre, ella le observa y él intenta que no note nada de modo que pone cara de haber degustado algo de sabor horrible que no termina de llegarle a la lengua. Ella se acerca cada vez más al rostro de él. Él termina tapándose la cara con la palma izquierda: ya no puede contener la risa.)

¿Qué? Ya empezó el cachondeo, ¿verdad? Le recuerdo que hicimos un trato. Me lo juró usted por sus padres; no debería reírse.

HOMBRE.- Ya, pero es que...

MUJER.- Venga, suelte la gracia, estoy acostumbrada.

HOMBRE.- No, no.

MUJER.- Ande, tenga cojones.

HOMBRE.- Oiga, yo...

MUJER.- Usted es un cabrón de mucho cuidado. ¡Pare de reír o me cago en su puta madre!

(Él para en seco.)

HOMBRE.- Oiga, lleve usted cuidado con lo que dice.

MUJER.- ¿Ah, sí? ¿Y por qué, eh? ¿Se puede saber por qué? ¿Me va a dar una paliza? ¿Va a hundirme los dientes, aplastarme la cara contra la pared? ¿Qué coño va a hacer?

HOMBRE.- Pero, ¿qué dice?

MUJER.- Usted se cree que está en el Oeste, ¿verdad? Se cree que es Clint Eastwood. (Le golpea en el hombro.) Ande, pégueme, hágalo; sé defenderme, no crea que va a ser tan fácil.

HOMBRE.- Cállese, por favor.

MUJER.- ¡Desgraciado!

HOMBRE.- No creo que sea para tanto.

MUJER.- (Por su traje.) ¡Pingüino!

HOMBRE.- Jamás he visto algo parecido.

MUJER.- ¿Ah, no?

HOMBRE.- No.

MUJER.- ¡Pues a ver si así aprende a no reírse de sus semejantes, comemierda!

(Ella se sienta, busca en su paquete el último de los Gauloises y comienza a fumarlo hasta que lo escupe porque lo ha prendido del revés. Busca otro, pero ya no queda qué fumar. Él ha empezado a recoger sus cosas con parsimonia, para que ella sea consciente de que no le pasa sus malos modos.)

HOMBRE.- (Parece que se va a ir.) Buenos días.

MUJER.- ¿Cómo?

HOMBRE.- Hasta la vista, señora.

MUJER.- ¿Es que se va?

HOMBRE.- Por supuesto.

MUJER.- (**Cerrándole el paso.**) Oiga, por favor, no se vaya, no me deje sola.

HOMBRE.- Déjeme pasar.

MUJER.- No, quédese.

HOMBRE.- Por favor, déjeme pasar.

MUJER.- Ande, sea bueno, quédese un poco más.

HOMBRE.- Le ruego que me deje pasar.

MUJER.- Se lo pido de rodillas. (**Lo hace y rompe a llorar.**) ¡No me deje sola! ¡No lo haga, por favor, no quiero quedarme sola!

HOMBRE.- Pero, ¿qué hace, señora? Levante del suelo. (**Deja en tierra el diario y el portafolios, y la ayuda a incorporarse.**) Venga, vamos a sentarnos.

(**Se sientan. Él la tiene a ella medio abrazada, ella llora desconsoladamente. Él le dice:**)

No se preocupe, no me marchó. Lo dije en broma. No la voy a dejar sola, tranquila, no se preocupe.

MUJER.- No soporto los truenos.

HOMBRE.- No hay truenos.

MUJER.- Los habrá, dentro de poco. Soy meteoróloga.

HOMBRE.- Ya me lo ha dicho, pero de momento no hay truenos.

MUJER.- Los habrá, ya verá como sí.

HOMBRE.- Bueno, pues si truena, que truene.

MUJER.- Gracias por quedarse conmigo.

HOMBRE.- De nada.

MUJER.- Perdóneme.

HOMBRE.- Tranquila.

MUJER.- Perdóneme.

HOMBRE.- No hay nada que perdonar.

MUJER.- (Enérgica.) Usted perdóneme, y luego ya veremos.

HOMBRE.- (Sorprendido, una vez más, por la extraña reacción.) Está bien, la perdono.

MUJER.- (Nuevamente afligida.) Me he puesto un poco bruta.

HOMBRE.- Todos nos ponemos así alguna vez.

MUJER.- Sí, pero yo he estado a punto de matarlo.

HOMBRE.- (Ríe.) ¿Ah, sí? ¿Y cómo?

MUJER.- Pues con la pistola que llevo en el bolso.

HOMBRE.- (Se incorpora y la suelta de un salto.) Bueno, pero ya está todo olvidado, ¿no?

MUJER.- Entonces, ¿me perdona?

HOMBRE.- Claro que la perdono, ¿no la voy a perdonar?

MUJER.- Es usted muy majo.

HOMBRE.- Hombre...

MUJER.- Marcelino, ¿sabe una cosa?

HOMBRE.- ¿Qué, Agustina?

MUJER.- Su nombre es muy bonito.

HOMBRE.- El suyo también está bien.

MUJER.- ¿Usted cree?

(Ella termina de secarse las lágrimas. Todo vuelve a su sitio.)

Bueno, parece que no llega ese maldito metro. Este país, en lugar de ir a mejor, va cada día más de culo.

HOMBRE.- Pero, ¿no me dijo que no lo esperaba?

MUJER.- Y no lo espero. Pero eso no me quita el derecho de criticar las fallas del sistema, ¿no cree?

HOMBRE.- Desde luego que no.

MUJER.- ¿Está casado, Marcelino?

HOMBRE.- Sí.

MUJER.- ¿Hijos?

HOMBRE.- Uno.

MUJER.- ¿En qué trabaja?

HOMBRE.- Soy abogado.

MUJER.- Debe de ser un trabajo muy aburrido.

HOMBRE.- Depende, lo mío es muy divertido.

MUJER.- ¿Ah, sí? ¿Qué haces tú?

HOMBRE.- Me dedico a la quiebra de empresas. Es la parte más interesante del Derecho Mercantil.

MUJER.- Un poco triste, ¿no?

HOMBRE.- Siempre me han gustado los finales tristes.

MUJER.- Igual que a mí. Que a mí no, quiero decir: me encanta lo que bien acaba. Lo que bien acaba, bien empieza.

HOMBRE.- Si usted lo dice.

MUJER.- Chisst.

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- El metro.

HOMBRE.- ¿El metro?

MUJER.- Creo.

(Ella ha creído escuchar algo, él ha corrido a su lado: falsa alarma. Silencio. Ella saca otra cajetilla, esta vez de un tabaco de aquí, y ahora sí ofrece, pero él lo rechaza con un «gracias» y una mano sobre el pecho, ya está bien de cáncer por hoy.

Ella fuma, el HOMBRE opta por sentarse; entonces se da cuenta de que sus cosas siguen en el suelo y va a recogerlas.

Las coloca en el asiento de enmedio. Vuelve a abrir el periódico. Pasa las páginas sin detenerse demasiado en ninguna de ellas. Mira su reloj.)

HOMBRE.- Me parece que va a perderse el documental sobre culebras.

MUJER.- Eso ya lo sé yo.

HOMBRE.- Aunque si no tardara más de cinco minutos... ¿Dónde vive usted?

MUJER.- Y dale: ya le he dicho tres veces que no espero el metro, que me metí aquí huyendo de la tormenta y que soy meteoróloga. ¿Quiere que se lo repita?

HOMBRE.- Tranquila, mujer; es usted un poco irascible.

MUJER.- Si me pierdo el documental es sólo y únicamente porque no tengo televisor, ¿de acuerdo?

HOMBRE.- ¿Cómo ha dicho?

MUJER.- Lo que ha oído.

HOMBRE.- No tiene usted televisor...

MUJER.- (Imitándolo en tono de burla.) No tiene usted televisor...

HOMBRE.- Es que he pensado algo: si usted no tiene televisor...

MUJER.- Le encanta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

HOMBRE.- ...tampoco tendrá video, claro.

MUJER.- Ni bragas limpias para cambiarme todos los días.

HOMBRE.- (Hace como que no ha escuchado.) Mire, lo podemos arreglar: llamo a Ginebra y le digo que lo grabe, ¿le parece?

MUJER.- ¿A Ginebra? ¿Ha dicho *Ginebra*?

HOMBRE.- Es mi mujer.

MUJER.- ¿Su mujer? No me diga que su mujer se llama Ginebra...
¿En serio?

HOMBRE.- La llamo y le digo: «Oye, Ginebra, que estoy esperando el metro y por eso me retraso tanto; haz el favor de grabar el documental sobre culebras que dan en «La 2». ¡Perfecto!

MUJER.- De lástima.

HOMBRE.- ¿Por qué?

MUJER.- Es que usted no piensa las cosas, ¿verdad? ¿No ha dicho antes que le horrorizan las culebras?

HOMBRE.- Sí.

MUJER.- Seguro que su mujer lo sabe.

HOMBRE.- Desde luego, ella lo sabe todo sobre mí.

MUJER.- Entonces, si su mujer le pregunta para qué cojones quiere que le grabe un programa sobre culebras, con el asco que le dan, ¿qué le dice, eh?

HOMBRE.- La verdad.

MUJER.- ¿Cómo?

HOMBRE.- Le digo la verdad.

MUJER.- ¿Cuál?

HOMBRE.- Que es para usted.

MUJER.- ¿Que es para mí?

HOMBRE.- Evidentemente.

MUJER.- Pero bueno, ¿usted está loco o qué? ¿Usted se cree que las mujeres somos tontas? Me gustaría saber qué opinión tiene usted de las mujeres.

HOMBRE.- ¿Qué opinión voy a tener, si estoy casado?

MUJER.- ¿Ah, sí? ¿Está usted casado? Déjeme que le dé la enhorabuena.

HOMBRE.- (Extrañado.) Gracias.

MUJER.- Si usted le dice eso a su mujer, si le dice: «Oye, Ginebra, que mira, que estoy esperando el metro y por eso me retraso tanto; y estoy aquí con una señora que le gustaría ver un documental que dan en «La 2» a eso de las diez y media, sobre culebras, que a ver si lo grabas». ¿Es eso lo que pensaba decir?

HOMBRE.- Más o menos.

MUJER.- Pues su mujer, si no es muy tonta, aunque no pondría yo la mano en el fuego, lo primero que pensará es que está usted por ahí con alguna fulana pasándoselo como Dios, ¿no cree?

HOMBRE.- Pues no, no creo.

MUJER.- ¿Ah, no? ¿No cree? ¿No cree que será eso lo que piense enseguida su mujer? Pues amigo, déjeme decirle una cosa: es usted mucho más infeliz de lo que yo imaginaba, y eso que yo me imaginaba que era usted muy, pero que muy gilipollas.

HOMBRE.- (**Absolutamente cabreado.**) Señora, ¿de qué psiquiátrico se ha escapado? Me está empezando a fastidiar con tanta estupidez y tanto insulto. Recuerde que si aún estoy aquí es porque usted me ha impedido salir de esta estación, como era mi propósito, y buscar un taxi. Y recuerde que no hace ni diez minutos estaba ahí, abrazada a mí como una colegiala, llorando por culpa de no sé qué tormenta de las narices que usted, argumentando que es meteoróloga en no sé qué extraña emisora de Logroño, que seguro que ni existe, dice que va a estallar de un momento a otro, lo cual no se cree ni el mismísimo Mariano Medina.

(Suenan los truenos de un trueno que en la calle se habrá escuchado como si el mundo se fuera abajo. Él mira hacia la salida asustado y acciona sin querer la apertura del maletín, del que cae casi todo. Repara de nuevo en ella, y ella le amenaza con un dedo y su mirada inquisitorial.)

MUJER.- Escuche esto, escúchelo bien, estúpido imbécil, parásito de la sociedad, escúchelo a la primera porque no se lo pienso repetir: Radio Ebro, en Logroño, existe, vaya si existe.

(Una luz aparece por su lado izquierdo: debe de ser el metro que llega, el metro que no oyeron porque los truenos no cejaban. Ahora ya está en la estación, ahora ya ha parado, ahora él recoge molesto todo lo esparcido de su maletín. Suena una sirena y el metro cierra sus puertas, se pone en marcha, desaparece de la estación. Y hace que la propaganda se levante y revolotee hasta el techo como una bandada de murciélagos. Ninguno de los dos lo ha tomado. Él pregunta con resignación:)

HOMBRE.- ¿Tiene usted un cigarrillo?

(Y se afloja el nudo de la corbata y se saca la americana con el fin de recoger las cosas con mayor comodidad. Dobla la americana, cae del bolsillo una cartera. Ella la recoge, junto a unos cromos viejos que se han desperdigado por el suelo. Toma uno de ellos, pregunta:)

MUJER.- Marcelino... Tu padre, ¿no?

HOMBRE.- ¿Mi padre? (Ríe.) Eso quisiera yo. Es Manchón.

MUJER.- ¿Quién?

HOMBRE.- Manchón. (Y dice un Manchón como si todo lo aclarase a la segunda.)

MUJER.- No me dice nada.

HOMBRE.- ¿No sabes quién era Manchón?

MUJER.- No sabías tú quién era Cortázar.

HOMBRE.- Pero me sonaba, por lo menos.

MUJER.- Pues a mí Manchón también me suena.

HOMBRE.- Ah, ¿sí?

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- ¿Y de qué te suena a ti Manchón?

MUJER.- De un quitamanchas.

HOMBRE.- ¿De un quitamanchas?

MUJER.- De un quitamanchas. De un quitamanchas que compraba mi madre.

HOMBRE.- Un quitamanchas... (**Y ahora con actitud de niño que se supo la lección a tiempo.**) Ramallets; Martín, Biosca, Seguer; Gonzalvo, Bosch; Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón. (**Emocionado.**) ¡El... Barça!

MUJER.- El Barça. ¿Y Cruyff?

HOMBRE.- ¿Cómo que Cruyff?

MUJER.- Sí, Cruyff. ¿No era Cruyff del Barça?

HOMBRE.- Vino luego, en los setenta. Manchón jugaba en los cincuenta.

MUJER.- Pero entonces tú no habías nacido.

HOMBRE.- No, yo nací en el sesenta, el mismo día que subió Kennedy a la presidencia.

MUJER.- Yo nací cuando Cortázar publicó *Rayuela*.

HOMBRE.- (**Evocando molesto.**) Ese año el Madrid ganó su quinta Copa de Europa. Eso fue lo peor que ocurrió entonces.

MUJER.- También cuando Rocamadour murió.

HOMBRE.- Mi padre se compró un seiscientos. Que luego vendió para edificar un chalé en la playa. ¿Rocamadour?

MUJER.- El niño de la Maga.

HOMBRE.- Ah.

MUJER.- En *Rayuela*...

HOMBRE.- Los sesenta fueron buenos tiempos.

MUJER.- Sí. Fue cuando mi padre se ahogó.

HOMBRE.- Lo siento.

MUJER.- No lo sientas. Yo no lo siento, mi madre no lo siente, mis hermanos no lo sienten. Es más, creo que se alegran, porque se ahorran un regalo en Navidad. Así que nadie lo siente, nadie; ¿por qué tienes que sentirlo tú? ¿Te sientes obligado a ser el único en este país que siente que mi padre se ahogara?

HOMBRE.- No.

MUJER.- Entonces.

HOMBRE.- De todas formas, tú dijiste que no creías que se hubiera ahogado.

MUJER.- Ah, ¿no? ¿Y qué otra cosa podía hacer en mitad del Atlántico un dos de noviembre? ¿Llegar a nado hasta Nueva York o Agadir? ¿Abrir un bar en la Atlántida? No digas estupideces.

HOMBRE.- Yo no digo estupideces.

MUJER.- ¡Dices estupideces, muchas estupideces! ¡Haces estupideces, hablas de estupideces y coleccionas estupideces!

HOMBRE.- Perdona, pero si aquí hay alguien, y volvemos a lo mismo, que sea estúpida hasta la médula, no es otra que tú. Lo que pasa es que, por respeto, y porque apenas te conozco, no te llevo la contraria; pero tu padre ya sé yo que está más tieso que el tío Paco.

MUJER.- Y perdóname tú a mí, pero eso que has dicho es una gran impertinencia. No tienes ningún derecho a hablar así de mi padre. Y menos compararlo con Francisco Franco, del cual, te advierto, era muy amigo. Mi padre sería lo que fuera, pero era mi padre. Por lo menos eso me han dicho.

HOMBRE.- (*Murmurando.*) Ni siquiera sabe si era su padre o no.

MUJER.- ¿Qué has dicho?

HOMBRE.- Nada.

MUJER.- ¿Qué has dicho?

HOMBRE.- Nada, no he dicho nada.

MUJER.- Escucha una cosa: espero, por la cuenta que te trae, que nunca, ni por un instante, te encuentres en la tesitura de tener que pedirle un favor a mi padre; lo espero, porque, de lo contrario, te vas a encontrar con una puerta blindada en las narices.

HOMBRE.- ¿Qué pasa? ¿Han hecho a tu padre santo? ¿Hasta ahí llegaba su amistad con el Generalísimo?

MUJER.- No te consiento que te burles de mi padre.

HOMBRE.- No me estoy burlando de tu padre.

MUJER.- Sí lo estás haciendo.

HOMBRE.- No, me estoy burlando de ti. Y si no lo ves, es que estás ciega.

MUJER.- Seguramente es eso.

HOMBRE.- Seguramente. Ahora, ¿puedes hacer el favor de devolverme mis cromos?

(Ella lo mira fijamente y luego dirige su mirada a los cromos. Sabe que en ese momento los puede hacer picadillo. Él también lo sabe, así que ella no deja de mirar los cromos mientras que él la mira a ella sin perder la dureza del gesto. Ella los mira por última vez suspirando; luego los ordena y los baraja, lee los nombres al pie de la foto. Cuando llega a la de Manchón, sonrío y dice:)

MUJER.- Manchón...

HOMBRE.- El mejor delantero que ha tenido el Barça. Sin duda.

MUJER.- El mejor quitamanchas que tuvo mi madre.

HOMBRE.- (Sonríe.) Sí, sin duda. (Ofrece la mano para que ella ponga en ella los cromos.)

MUJER.- (Se los entrega.) Tus cromos.

HOMBRE.- Gracias. (Los mira. Piensa: «Qué poco ha faltado».)

(Suena el metro y llegan sus luces por el túnel. Él toma el portafolios, echa dentro los cromos de cualquier manera y lo cierra rápido. El metro llega, abre sus puertas. Ella toma el bolso, se levanta y se dirige a la salida. Pero él no se ha marchado, se ha quedado de pie como un pasmarote mirando la espalda de ella. Mira hacia un lado del infinito y se humedece los labios pensando: «¿Yo soy imbécil o idiota?» Justo cuando ella desaparece, él se decide:)

Espera.

(Tras un segundo de incertidumbre, ella vuelve al andén; le sorprende que no tomara el metro.)

MUJER.- Tu mujer debe de estar esperándote.

HOMBRE.- Mi mujer nunca me espera. Estará en el gimnasio.

MUJER.- ¿A estas horas?

HOMBRE.- A cualquier hora. Al menos es lo que dice ella.

MUJER.- Entiendo.

HOMBRE.- Escucha: siento lo que he dicho de tu padre.

MUJER.- No te preocupes.

HOMBRE.- Lo siento de veras.

MUJER.- No hay por qué. Yo también le digo cosas de ese estilo cuando voy a verle.

HOMBRE.- ¿Cuándo vas a verle?

MUJER.- ¿Tú no vas a ver a tu padre?

HOMBRE.- Claro que sí, a los dos. Voy a comer una vez por semana a casa de mis padres. Pero no comprendo; tú has dicho...

MUJER.- Yo odio cómo cocina mi madre.

HOMBRE.- ¿Tú no has dicho que...?

MUJER.- Claro que hace tiempo que no voy. Tengo que llamarla.

(Él empieza a darse cuenta de que algo falla. Vuelve a dejar sus cosas en la butaca y pregunta:)

HOMBRE.- Oye, vamos a ver, creo que estoy absolutamente perdido. ¿Podrías hacer el favor de una vez por todas de hablarme de una forma coherente de tu padre?

MUJER.- ¿Qué quieres saber?

HOMBRE.- No sé, me da igual, cualquier cosa: ¿en qué trabaja?, ¿cuántos años tiene?, ¿cómo es?

MUJER.- Querrás decir cómo era.

HOMBRE.- ¿Por qué no te pones de acuerdo?

MUJER.- ¿Qué quieres decir?

HOMBRE.- ¿Tú padre ha muerto o no ha muerto?

MUJER.- Puede que sí y puede que no. ¿Tú lo sabes?

HOMBRE.- (Al borde de la desesperación.) ¿Yo?

MUJER.- ¿Por qué no me dejas los cromos?

HOMBRE.- ¿Los cromos? ¿Quieres los cromos? (Los saca del maletín.) Toma los cromos. Pero, dime, ¿cómo es tu padre?

MUJER.- (Pasando los cromos.) Pues... Alto... Rubio... De grandes ojos claros... Compleción fuerte... (Se para en seco. Se queda mirando la foto que tiene entre sus manos.) Éste es mi padre.

HOMBRE.- (Mira la foto.) Venga, va, en serio.

MUJER.- ¡Te lo juro!

HOMBRE.- (Se ríe un poco.) Pero, ¿qué estás diciendo? Ése es Kubala.

MUJER.- ¿Seguro?

HOMBRE.- Segurísimo.

MUJER.- Este hombre no puede ser Kubala.

HOMBRE.- Claro que sí.

MUJER.- No puede ser. Este hombre es mi padre. Yo misma tengo una foto igual, se la hizo mi madre un día que fueron juntos a pasar el día en el campo, en... en... coño, ¿dónde fue?... Si me lo ha dicho ochenta veces...

HOMBRE.- Por favor, Agustina, debes de estar equivocada.

MUJER.- ¿Cómo voy a estar equivocada? Este señor vestido con ese ridículo pantalón corto es mi padre, ¿lo oyes?, mi padre.

HOMBRE.- Este señor vestido (Solemne.) con el traje blaugrana es Kubala. Se parecerá a tu padre, será idéntico a tu padre, pero no es tu padre. ¿Cómo se llamaba tu padre?

MUJER.- Ladislao.

(A él se le hiela la sonrisa en la comisura.)

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- Ladislao. ¿Qué pasa? ¿Tampoco te gusta?

HOMBRE.- ¿Estás segura?

MUJER.- Pero, ¿cómo no voy a estar segura del nombre de mi padre?

HOMBRE.- (Para sí.) Será una coincidencia...

MUJER.- ¿Coincidencia?

HOMBRE.- Sí. Es que este hombre también se llama así.

MUJER.- Claro que se llama así, como que es mi padre.

HOMBRE.- Ya te he dicho que no puede ser tu padre. A ver, Agustina, ¿cuándo se hundió el barco donde iba tu padre?

MUJER.- En el sesenta y siete, al poco de nacer yo.

HOMBRE.- Entonces, tú no has visto nunca a tu padre, ¿no?

MUJER.- Claro que no. Sólo lo he visto en fotos.

HOMBRE.- Vamos a ver, que me aclare: tu padre tiene un hundimiento en el sesenta y siete...

MUJER.- ...A finales.

HOMBRE.- A finales del sesenta y siete, cuando tú tenías...

MUJER.- Nueve meses.

HOMBRE.- Crees que no ha muerto, pero el barco naufragó en medio del Atlántico, ¿no es cierto?

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- Entonces, ¿cómo puedes ir a visitarle?

MUJER.- La ley marca un tiempo antes de que un hombre pase de desaparecido a muerto. La Marina Mercante estuvo esperando hasta que pasase ese tiempo y, entonces, nos regalaron un nicho. A mi madre todo eso ya le traía sin cuidado. Había pasado demasiado tiempo esperando a mi padre sentada en un noray del muelle como si fuera el bidé de mi casa.

HOMBRE.- Creo que me he perdido: ¿un noray?

MUJER.- Sí, eso que parece un pollete, donde se amarra el cabo...

HOMBRE.- ¿Qué cabo?

MUJER.- Desde el barco se echa un cabo a tierra pasándolo por la gatera y se encapilla la gaza en un noray. Luego se pasa el seno del cabo por el molinete, se tensa y se toman vueltas en la bita, haciéndolo firme. A popa se hace lo mismo. Eso es la maniobra de atraque.

HOMBRE.- (Ya derrotado.) Ahora es cuando está claro.

MUJER.- Entonces, sigo: mi madre cambió el puerto por el cementerio. Todos los domingos le cambiábamos las flores y el agua mientras ella le cantaba aquellas alegrías de Manolo Caracol que tanto le gustaban a mi padre. Yo tenía que marcarle el ritmo con las palmas.

HOMBRE.- (Con sorna.) ¿Así? **(Se marca unas alegrías un tanto torpes.)**

MUJER.- (Lo fulmina con la mirada.) Dentro de aquel nicho tan pequeño estaba mi padre, y yo pensaba: vaya manías tiene este hombre, si ni siquiera se podrá poner uno en pie ahí. Luego me explicaron que allí sólo van los que van. Bueno, eso es todo. Desde entonces voy a verlo y le cuento mis cosas. Yo sé que mi padre no está allí, pero al menos están todas sus cosas. Y, desde hace dos años, los huesos de mi abuelo.

HOMBRE.- ¿También se ahogó?

MUJER.- En aguardiente. Era un borracho muy divertido. Vivía en una casa preciosa frente al mar. Cuando estaba bebido, sólo tenía que saltar por la ventana para mear y luego volver a entrar en casa. El día que mi madre se enteró de que se estaba muriendo, le pidió que se viniera a la ciudad, una ciudad sin mar. Eso fue lo peor para él. Murió.

HOMBRE.- De cirrosis, claro.

MUJER.- No, por su antigua costumbre de saltar por la ventana para mear. Una noche no se acordó, saltó por la ventana y jamás volvió a subir. Claro, era un cuarto piso. Y sin ascensor.

HOMBRE.- Vaya. ¿Debo sentirlo?

MUJER.- Todos lo sentimos. Estoy convencida de que mientras caía se iba riendo de la equivocación.

HOMBRE.- Supongo que sí. Pero **(Por la estampa de Kubala.)** siento decirte que éste no es tu padre.

MUJER.- Tienes razón. De repente me había parecido... Pero qué va. Ya hubiera querido mi padre tener estos dientes.

HOMBRE.- Llevaba postizos.

MUJER.- No. Me refiero a la piorrea. Tenía piorrea hasta la garganta. Imagínate el olor que despedía: a las ocho de la mañana su boca era una verdadera alcantarilla.

HOMBRE.- Me estás tomando el pelo.

MUJER.- No, hombre, te hablo en serio; su piorrea era algo...

HOMBRE.- Me estás tomando el pelo, me lo debes de estar tomando desde que he llegado. Has dicho: «A ver quién es el imbécil que llega ahora y le cuento la historia de mi padre, a ver quién es el idiota que se traga el rollo del naufragio o el hundimiento o si mi padre está muerto o...»

MUJER.- No te estoy tomando el pelo.

HOMBRE.- «...está vivo o está muerto o ha resucitado...»

MUJER.- No te estoy tomando el pelo.

HOMBRE.- Ah, ¿no?

MUJER.- ¿Quieres que te diga la verdad?

HOMBRE.- Eso estoy esperando desde el principio. Me parece razonable, ¿no?

MUJER.- En mi padre no hay nada razonable.

HOMBRE.- Pues creo que has heredado eso de él.

MUJER.- Yo soy perfectamente razonable.

HOMBRE.- Venga.

MUJER.- ¿Qué?

HOMBRE.- Que estoy esperando.

MUJER.- No te lo vas a creer.

HOMBRE.- Es lo más probable.

(Ella lo mira fijo un instante. Una sonrisa.)

MUJER.- Mi padre me persigue.

HOMBRE.- ¿Cómo? Ah, ya...

MUJER.- Paga para que me vigilen, para saber dónde estoy, y entonces secuestrarme y llevarme con él.

HOMBRE.- Tu padre paga para que te vigilen y manda que te secuestren...

MUJER.- Hace tres meses que le despisté y temo que me encuentre aquí.

HOMBRE.- Por eso estabas...

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- No huyes de la lluvia, huyes de tu padre.

MUJER.- Exacto. Pensaba que eras uno de ellos.

HOMBRE.- ¿De quiénes?

MUJER.- De sus matones.

HOMBRE.- Tu padre usa matones.

MUJER.- Hasta ahora, tres.

HOMBRE.- ¿Y si yo fuera uno de ellos...?

MUJER.- No hay ningún problema.

HOMBRE.- No.

MUJER.- Saco lo que llevo en el bolso y soluciono el asunto.

HOMBRE.- ¿Y qué tienes dentro del bolso, si se puede saber?

MUJER.- Un cuchillo.

HOMBRE.- ¿No era una pistola?

MUJER.- Para las distancias cortas es mejor el cuchillo: puedo clavártelo en la nuez sin que te enteres.

HOMBRE.- ¿Tan buena eres con él?

MUJER.- He practicado.

HOMBRE.- Has practicado. ¿Con qué has practicado?

MUJER.- Con gatos. ¿Te parece suficiente garantía?

HOMBRE.- ¿Y si te ve alguien apuñalándome?

MUJER.- Entonces te pego a mí como si nos estuviéramos besando. Nadie podrá distinguir cómo resbala la sangre de tu garganta por mi camisa roja. Y menos con esta luz.

HOMBRE.- Claro, por eso te metiste en la boca del metro.

MUJER.- Sí.

HOMBRE.- Pues creo que puedes haberte metido en la boca del lobo.

MUJER.- Yo soy la boca del lobo.

HOMBRE.- Parece que lo tienes todo muy estudiado.

MUJER.- Lo tengo.

HOMBRE.- ¿Sabes una cosa?

MUJER.- ¿Qué?

HOMBRE.- Vaya historia para no dormir.

MUJER.- ¿No te lo crees?

HOMBRE.- Puede que me lo crea y puede que no. Pero, por si acaso soy uno de ellos...

MUJER.- No lo eres.

HOMBRE.- Eso tú no lo sabes.

MUJER.- Sí lo sé. Ellos tienen métodos más expeditivos.

HOMBRE.- Quizá tu padre ha cambiado de táctica.

MUJER.- También eso puedo saberlo enseguida.

HOMBRE.- Ah, ¿sí?

MUJER.- En cuanto llegue el próximo metro. Tienes que cogerlo. Ya has dejado pasar dos y tu mujer, Ginebra, debe de estar intranquila.

HOMBRE.- No sería la primera vez que llego tarde. Además, no creo que le importe mucho.

MUJER.- En ese caso, tengo otra opción: si me dejas que me marche, es que no lo eres; pero si intentas retenerme...

HOMBRE.- ...es que lo soy. Prueba.

(Ella inicia la marcha. Él la toma del brazo y dice:)

¿Por qué te persigue tu padre?

(Ella no contesta.)

Di.

MUJER.- Puedo hacer que lo metan en la cárcel.

HOMBRE.- ¿Por qué?

MUJER.- Primero, por violación.

HOMBRE.- ¿A quién violó?

MUJER.- A mí, ¿a quién va a ser? Y segundo, por malversación de fondos. Desvió dinero público.

HOMBRE.- ¿Adónde?

MUJER.- A su bolsillo. Yo trabajaba para él, en su oficina. Una noche en que me quedé hasta tarde descubrí el pastelón y le amenacé con contarlo todo.

HOMBRE.- ¿Y?

MUJER.- Me violó sobre la mesa de su despacho.

HOMBRE.- ¿Hiciste algo?

MUJER.- Naturalmente: al día siguiente dejé el trabajo.

HOMBRE.- Me refiero a si lo denunciaste a la policía.

MUJER.- ¡Claro! Y habría aparecido muerta y otra vez violada en un vertedero.

HOMBRE.- No creo que tu propio padre pueda hacer algo así.

MUJER.- Mi propio padre tuvo un hundimiento.

HOMBRE.- Eso quiere decir que no es tu padre.

MUJER.- Exacto. Mi madre volvió a casarse con ese cerdo hijo de puta.

HOMBRE.- (Abre los brazos como para tomar mucho aire.) Ahora lo entiendo todo. Es tu padrastro el que te persigue. ¡Joder, deberías vender ese argumento!

MUJER.- Sí, creo que sí. Eso de que tu padre te dé palmaditas en el culo, te bese en la comisura de los labios, bromee sobre tus pechos y te viole sobre la mesa de trabajo mientras te hincas la grapadora en la espalda puede resultar muy excitante para el cine.

HOMBRE.- Desde luego.

MUJER.- Sobre todo si luego te pide que se la chupes.

HOMBRE.- ¿No tienes miedo de volverte paranoica?

MUJER.- No, porque siempre encuentro a alguien para desahogarme. En este caso, has sido tú.

HOMBRE.- Vaya...

MUJER.- Debería darte las gracias.

HOMBRE.- No hay de qué.

MUJER.- Siempre doy las gracias. Mi padre decía que siempre hay que ser agradecido.

HOMBRE.- ¿Cuál de los dos?

(Ella no contesta. Sonríe, repara en los largos dedos de la mano izquierda del HOMBRE, descubre lo que ya intuía: no lleva anillo. Ruido de metro.)

Bueno, ya está ahí. Tengo que marcharme.

MUJER.- (Confirmando su sospecha.) Lo sabía.

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- Intentas despistarme.

HOMBRE.- ¿Cómo?

MUJER.- No te hagas el tonto.

HOMBRE.- No me hago el tonto.

MUJER.- No vas a coger ese metro.

HOMBRE.- ¿No?

MUJER.- ¿Y tu anillo?

HOMBRE.- ¿Qué anillo?

MUJER.- El de casado.

HOMBRE.- Nunca lo llevo.

MUJER.- Nunca lo has llevado.

HOMBRE.- Eso es.

MUJER.- Nunca lo has llevado porque nunca has estado casado.

HOMBRE.- Eso no es cierto.

MUJER.- No intentes engañarme.

HOMBRE.- No te estoy engañando.

MUJER.- No vas a cogerlo.

(El metro cada vez más cerca.)

Tu metro.

HOMBRE.- Deja el metro en paz.

MUJER.- Lo vas a perder.

HOMBRE.- Según tú, no voy a cogerlo.

MUJER.- Sé que no.

HOMBRE.- Espera a que pase.

(El ruido amortigua las voces, apenas se les oye.)

MUJER.- No eres más que un matón hijo de puta.

HOMBRE.- ¿Qué dices?

MUJER.- ¡Que no eres más que un asesino, un matón de mierda!

HOMBRE.- ¡No te oigo!

(El ruido intenta apagar los gritos con su ladrido. Ella se va alejando de él con una mano dentro del bolso.)

MUJER.- ¡Cógelo!

HOMBRE.- ¡No pienso cogerlo!

MUJER.- ¡Márchate!

HOMBRE.- ¡No me da la gana!

MUJER.- ¡Tu mujer te está esperando!

HOMBRE.- ¡Al cuerno con mi mujer!

MUJER.- ¡No hables así de tu mujer!

HOMBRE.- ¡Al cuerno con mi mujer mil veces! ¡Al cuerno con esa puta que no desea más que comprarse vestidos y ropa deportiva y follarse a cualquier saco de músculos en el gimnasio! ¡Al cuerno con mi mujer y su puta madre!

(En ese momento el metro ya no hace ruidito alguno. Ha tomado y dejado su pasaje, y luego ha abandonado la estación.)

MUJER.- (Saca un cigarro.) ¿Ves?

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- No te has marchado.

(Ella se lleva el cigarrillo a la boca, él lo mira y lo desea, ella inclina la cara hacia la llama del mechero.)

HOMBRE.- Dame. (Le arranca el tabaco de los labios; luego, el mechero. Enciende, traga hasta lo más profundo y luego exhala la bocanada como si estuviera sacándose de dentro todos los venenos de su vida.) ¿De qué estábamos hablando?

MUJER.- De tu anillo.

HOMBRE.- No estábamos hablando de mi anillo. Estábamos hablando de que soy un asesino hijo de puta, un matón de mierda, y de que estaba aquí para quitarte de enmedio.

MUJER.- Es cierto.

HOMBRE.- Pues no lo soy.

MUJER.- Yo tampoco quiero que lo seas. Si lo fueras, tendría que clavarte el cuchillo o dispararte con la pistola.

HOMBRE.- No será necesario.

MUJER.- Entonces, ¿por qué no te has marchado?

HOMBRE.- Debo contarte algo.

MUJER.- ¿Qué?

HOMBRE.- (Piensa un momento cómo empezar.) Creo que mi mujer me engaña.

MUJER.- Pues ya ves.

HOMBRE.- ¡Joder, ya sé que no se puede comparar con una violación! En realidad, no iba a mi casa. Creo que todo empezó cuando se apuntó al gimnasio. Está liada con uno de éstos. La estaba siguiendo.

MUJER.- ¿Por qué?

HOMBRE.- Está claro, ¿no?

MUJER.- ¿Quieres matarla?

HOMBRE.- ¿Matarla? ¡Dios, es mi mujer! Yo sólo quiero...

MUJER.- ¿Qué?

(No contesta.)

¿Volver con ella?

HOMBRE.- No lo sé.

MUJER.- Ahora ya está claro. Creía que me estabas siguiendo a mí y, en realidad, no era nada. Parece que los dos nos hemos estado mintiendo.

HOMBRE.- Sí.

MUJER.- ¿De verdad?

HOMBRE.- ¿Cómo dices?

MUJER.- Eso.

HOMBRE.- Por favor, no empecemos.

MUJER.- ¿No seguirás haciéndolo?

HOMBRE.- No lo lées más, ya te he dicho la verdad.

MUJER.- Quizá yo no sea meteoróloga.

HOMBRE.- Agustina...

MUJER.- Quizá tú...

HOMBRE.- Sí, quizá yo vendo calendarios o soy domador de morsas... Bueno, creo que ha llegado el momento de... Voy a tomar el próximo.

MUJER.- Muy bien.

HOMBRE.- Seguro que ahora tardará más de diez minutos en llegar.

MUJER.- Seguramente.

HOMBRE.- Y todavía tengo que coger dos metros más. Esto es insoportable.

(Ella, que lo ha estado mirando fijamente y con una creciente sonrisa, se pone en pie y se le acerca. Saca su paquete de cigarrillos y se lo ofrece.)

MUJER.- Anda, tranquilízate, ten un poco de paciencia, ya no debe de tardar.

(Él saca un cigarrillo y se da cuenta de que es otro paquete de Gauloises. Se enciende uno y le devuelve el paquete.)

Quédatelo. Lo guardaba para una ocasión.

(Él da una sola pero abundante calada. Dice un «no» que sólo es un chasquido de la lengua.)

Cálmate.

HOMBRE.- (Por el metro que no llega.) Es que siempre pasa lo mismo: cuando lo necesitas...

MUJER.- No te enfades.

HOMBRE.- Y luego quieren que nos comparemos con el resto de Europa.

MUJER.- Calma.

HOMBRE.- No entiendo esta informalidad. Igual pasan tres seguidos que no pasa ninguno.

MUJER.- Te pones muy feo cuando te enfadas.

HOMBRE.- No entiendo esta informalidad.

MUJER.- No arrugues el entrecejo. Estás muy feo, Marcelino.

(Él la mira sorprendido. Ella comienza a acariciarle el pelo como a un amante dormido por el alcohol. Él intenta desembarazarse.)

HOMBRE.- Agustina...

MUJER.- Eres muy guapo. No me había dado cuenta hasta ahora. Tienes los ojos azules.

HOMBRE.- Yo no tengo los ojos azules.

MUJER.- Me gustaría besarte.

HOMBRE.- Pero, ¿qué haces, qué estás haciendo?

MUJER.- Déjame que te bese.

HOMBRE.- Por favor, Agustina...

MUJER.- No me llames así. Llámame de otra forma, nunca me ha gustado ese nombre.

HOMBRE.- Pero...

MUJER.- Llámame Laura, anda. Quiero escuchar cómo me llamas Laura.

HOMBRE.- ¿Laura?

MUJER.- Laura, sí, ¿no te gusta?

HOMBRE.- Sí, claro.

MUJER.- Déjame que te bese, anda. Llevo un preservativo en el bolso.

HOMBRE.- ¿Un preservativo? Agustina, por favor.

MUJER.- Laura.

HOMBRE.- Laura, ¿no hablarás en serio?

MUJER.- Es de limón.

(Ella lo abraza, le besa la boca aunque él se resiste, en principio. Poco a poco, cede a los deseos de la MUJER. Sus cabezas están muy juntas, también sus pechos. Él se ve a sí mismo en los ojos de ella y ella en los de él. Un leve ruido de metro que se aproxima llega hasta sus oídos, pero no lo escuchan.)

HOMBRE.- Laura.

MUJER.- Marcelino.

HOMBRE.- ¡No! Mejor llámame Rafa, siempre he deseado llamarme Rafa.

MUJER.- Rafa...

(Ella deja que la mano derecha resbale brazo abajo de él.)

HOMBRE.- Oye.

MUJER.- ¿Qué?

HOMBRE.- No irás a apuñalarme, ¿verdad?

MUJER.- No, voy a bajarte la bragueta.

HOMBRE.- Ah.

(Ella hace lo que ha dicho. El metro está cada vez más cerca. Llegan los tres últimos murciélagos, locos con ese frenético ir y venir del metro. Anuncian la muerte en sus membranas. Llega. Por un momento, los amantes en un nudo desaparecen tras el gran armatoste. Se han abierto sus puertas, ha bajado gente que corre hacia las salidas o las correspondencias o la calle con su cielo amenazando lluvia como si dos personas amándose no merecieran al menos un vistazo. El pitido que permite la marcha escandalosa de la máquina.)

(Él rompiendo el abrazo.) Tienes que venir conmigo.

MUJER.- (Recogiendo sus cosas.) De acuerdo. ¿A tu oficina? **(Y luego, irónica.)** Perdón: ¿a tu bufet?

HOMBRE.- A comisaría.

(Ella se guarda su decepción muy dentro, donde él no pueda encontrarla.)

MUJER.- ¿Cómo?

HOMBRE.- Se te acusa de complicidad en el delito de fraude y estafa de tu padrastro. ¿Me das el cuchillo?

MUJER.- (Tras recomponerse en un segundo.) Se te olvida la pistola.

HOMBRE.- Es verdad. También tienes que hacerme entrega de la pistola.

MUJER.- Por supuesto. **(Le entrega el bolso.)**

HOMBRE.- Puedes creerme si te digo que odio mi trabajo.

MUJER.- Te creo.

HOMBRE.- Pero debes venir conmigo.

MUJER.- La vida es así.

HOMBRE.- La vida es una mierda. Supongo que no te caerá mucho. Cinco; a lo sumo, diez; no creo que llegue a veinte.

MUJER.- No está mal.

HOMBRE.- Bueno, vamos. No te dará por huir, ¿verdad?

MUJER.- Puede.

HOMBRE.- No quisiera tener que esposarte.

(Miradas.)

Sé que no lo harás.

MUJER.- Quién sabe.

HOMBRE.- ¿Vamos?

MUJER.- Adelante.

HOMBRE.- (Por si acaso, la toma del brazo.) Laura...

MUJER.- ¿Sí?

HOMBRE.- Siento tener que hacerlo.

MUJER.- Rafa...

HOMBRE.- Dime.

MUJER.- Yo no.

(Él echa un último vistazo a la estación, los túneles. Cuando da la vuelta, su risa no aguanta, de un momento a otro va a explotar. Ella no entiende nada y pregunta:)

¿Qué pasa ahora?

HOMBRE.- (Riéndose.) Te lo has creído, ¿eh?

MUJER.- (No le ha hecho ninguna gracia.) Sólo un poco.

(Ella no reacciona. Aún le clava la mirada, así que él insiste:)

HOMBRE.- Venga, vamos a un hotel. Pero antes, te invito a cenar.

MUJER.- ¿Ahora? ¿Y el metro?

HOMBRE.- ¡Que le den por el culo al metro!

MUJER.- ¿Y tu mujer?

HOMBRE.- ¡Que le den por el culo a mi mujer! Venga, conozco un palestino cerca.

MUJER.- Me encanta la comida palestina.

HOMBRE.- ¿Vamos?

(Una pausa que alimenta la incertidumbre.)

MUJER.- Vamos.

(Caminan hasta la salida de la estación. Ella se detiene.)

Oye, aún no nos hemos presentado.

HOMBRE.- Es verdad, soy un auténtico desastre para estas cosas. Me llamo Ricardo, Ricardo Zamora.

MUJER.- Yo, Emilia.

HOMBRE.- Bonito nombre.

MUJER.- No empecemos.

(El metro llega.)

El metro.

HOMBRE.- A buenas horas.

MUJER.- Tengo que cogerlo.

HOMBRE.- ¿Qué?

MUJER.- Adiós, Ricardo. **(Lo toma.)**

HOMBRE.- ¡Emilia...!

(Ella sube, el metro se desliza, él se queda solo en el andén: en una mano, el portafolios; en la otra, el paraguas. Camina hasta los asientos, se deja caer en el banco, resopla. Descubre a su lado, en otro asiento, las gafas olvidadas de ella. Las toma y, por un momento, piensa que igual podría hacérselas llegar algún día, pero enseguida cae en la cuenta de que eso no sucederá jamás. Las observa, se las coloca. Le quedan bien. Comienza a esperar.)